

# Homilía del Sr. Card. Mario A. Poli en la Clausura del Año de la Misericordia

Iglesia Catedral | 13 de noviembre de 2016

---

Lecturas: Malaquías 3, 19-20; Salmo 97, 5-9; 2° Tes 3, 6-12; Lc 21, 5-19

Después de escuchar el Evangelio de San Lucas que hemos proclamado, hay que aceptarlo con el consejo del profeta Malaquías: cuando llegue ese Día, para «los que temen mi Nombre, brillará el sol de justicia que trae la salud en sus rayos, y saldrán brincando como terneros bien alimentados». Más bien «son los arrogantes y los que hacen el mal quienes serán como paja», no quedará nada de ellos: «ni raíz ni rama», dice el profeta.

La destrucción del Templo con toda su belleza, y la desaparición del mundo con todo el inmenso y magnífico universo, no podrán atentar contra la creatura de Dios: porque nosotros somos las obras de sus manos, los templos vivos del Espíritu Santo y el Señor quiere que todos los hombres se salven, porque no permitirá que se pierda lo que hay de divino en cada hombre y en cada mujer.

Vendrán los agoreros, dice Jesús, y los pronosticadores del futuro que hacen predicciones terribles. Él enseña: no los sigan ni los oigan, aunque haya signos que presagien el fin con grandes fenómenos naturales. No es

el tiempo.

Aun en medio de las persecuciones, los cristianos siempre vieron una posibilidad para dar testimonio a favor de Cristo. Si confiamos en Él, pondrá en nuestros labios una elocuencia y una sabiduría que nadie podrá resistir ni contradecir. Y aunque los más cercanos nos entreguen y nos quiten la vida, Él nos salvará. Él es la Vida. Para esperar ese día terrible y glorioso a la vez, se nos pide que permanezcamos fieles y sin dudar de su promesa: porque Dios nos ama y Dios es fiel. «Aquel Día» lo expresa el Salmo 97 con alegría y esperanza:

«Griten de gozo delante del Señor,  
porque Él viene a gobernar la tierra;  
Él gobernará el mundo con justicia,  
y los pueblos con rectitud».

Entre la destrucción del Templo –el magnífico templo, gloria de la arquitectura del mundo antiguo–, que ya ocurrió en la historia como lo predijo Jesús, hasta su gloriosa venida, transcurre el tiempo de la misericordia, este es el tiempo de la misericordia, durante el cual todos los hombres son llamados al

---

tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad...». Son palabras de San Juan XXIII donde agregaba que «la Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella». Esas fueron las palabras de San Juan XXIII al inaugurar el Concilio.

También el Papa Francisco nos ha dicho con palabras del Beato Pablo VI: «Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad...». La religión cristiana es caridad.

«Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia», dice Santo Tomás de Aquino, el gran teólogo de la Iglesia.

«Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia» (Salmo 103,3-4). Varias veces en sus catequesis el Papa nos recordó estos salmos.

«Eterna es su misericordia»: es el estribillo que acompaña cada verso del Salmo 136 mientras se narra la historia de la revelación de Dios». Antes de la Pasión, Jesús oró con este Salmo de la misericordia. Saber que Jesús mismo hizo oración con él, lo hace para nosotros los cristianos aún más importante y

nos compromete a incorporar este estribillo en nuestra oración de alabanza cotidiana: «Padre, eterna es tu misericordia». En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión.

Y además nos enseñó que la Iglesia tiene una viga: la viga es la misericordia que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia.

Estas enseñanzas entraron en nuestro oído. Que el Señor las derrame sobre nuestro corazón, como en las parábolas de la misericordia de Dios donde es presentado siempre el amor de Dios Padre, un amor lleno de alegría, sobre todo cuando perdona y encuentra a su hijo perdido. En esas parábolas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo lo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón.

Recordándonos las obras de misericordia materiales y espirituales, el Papa Francisco nos mostró un camino fecundo del cristiano. La misericordia tiene que bajar a las manos. «Así entonces, estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia. “Dichosos los misericordiosos porque obtendrán misericordia (Mt 5,7)”».

Y hace unos días, el Papa agregó a las catorce obras de misericordia materiales y espirituales, una más, fruto de este Año Jubilar: el cuidado de la «casa común». No es un dato estadístico; no es un dictado de los científicos. Para nosotros es una bella y verdadera obra de misericordia: preocuparnos por la «casa común», hacer algo por ella que es lo mismo que hacer algo por el prójimo.

San Juan Pablo II enseñó, dice el Papa Francisco, que «la Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia –el atributo más estupendo del Creador y del Redentor– y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora».

La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la Revelación

de Jesucristo.

Finalmente, recojo este pensamiento del Papa: «Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tendrá necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin».

Si hay misericordia, habrá paz. Si hay misericordia, habrá una perfecta justicia. Si hay misericordia, habrá familia, amistad y noviazgo. Si hay misericordia, podemos esperar esa patria de hermanos. Si hay misericordia, es posible la democracia. Si hay misericordia, es posible que nos perdonemos unos a otros y descubramos que somos una gran familia humana. Si hay misericordia, Dios tendrá misericordia de nosotros. Amén ■